

Nueva Poesía de Colombia:

(1970-1980)

New Poetry of Colombia:

(1970-1980)

Felipe García Quintero*

Universidad del Cauca

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.27.2018.3>

* Doctor en Antropología de la Universidad del Cauca, Colombia. Docente titular e investigador del departamento de Comunicación Social de la Universidad del Cauca. El presente artículo es un resultado parcial del proyecto de investigación "Poéticas del lenguaje. La Poesía colombiana contemporánea". Publicaciones académicas recientes: La ciudad colonial y sus textualidades contemporáneas. Editorial UC, 2017; Régimen escópico colonial. La representación plástica mural de Popayán. Gamar editores, 2014. *Correo electrónico:* fgarcia@unicauca.edu.co



Recibido: 15 de octubre de 2017 * Aprobado: 10 de diciembre.

¿Cómo citar este artículo?

García Quintero, F. (2018). Nueva poesía de Colombia: (1970-1980). *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (27), (37-49). Doi: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.27.2018.3>

Resumen

Por tratarse de unas poéticas, la mayoría en configuración, de obras en marcha, herederas de una tradición insular, la ruta crítica seguida en este artículo orienta al lector sobre el devenir de la poesía colombiana en sus actuales tendencias y corrientes. La muestra poética adjunta de 20 autores es su prueba. Una muestra de la más reciente generación de poetas colombianos del siglo XXI, conformada por autores nacidos entre 1970 y 1980. La reflexión final y la compilación de obras llaman la atención del lugar que ocupan las voces femeninas en esta generación, caracterizada por la pluralidad temática y diversidad de estilos.

Palabras clave:

Nueva poesía colombiana.

Abstract

Because they are poetic, most of them in configuration, works in progress, heirs of an island tradition, the critical path followed in this article orients the reader about the development of Colombian poetry in its current tendencies and currents. The accompanying poetic sample of 20 authors is their proof. A sample of the most recent generation of Colombian poets of the 21st century, made up of authors born between 1970 and 1985. The final reflection and compilation of works call the attention of the place that occupy the female voices in this generation, characterized by thematic plurality and diversity of styles.

Key words:

New Colombian poetry.

Hacia 1980, Juan Gustavo Cobo Borda acusó con razones a la poesía colombiana del siglo XX con el apelable cargo de constituir una “tradicción de la pobreza”. Su lectura, dice el crítico bogotano, resulta incómoda. “Es una poesía poco importante”, sentenció; aclarando entonces: “No es que no haya algunos buenos poetas y, lo que es quizá más importante, algunos buenos poemas. Es que la sensación general es de profunda e inalterable intrascendencia” (Cobo, 1980: 11).

Frente al silencio inicial, de rabia e indiferencia suponemos, algunas voces se pronunciaron luego para demostrar con ejemplos lo contrario. Uno de los más certeros argumentos consistió en recordar que Colombia es el país donde nacieron Rafael Pombo, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Porfirio Barba Jacob, León de Greiff y Aurelio Arturo, entre otros nombres, si acaso poco conocidos en la poesía hispanoamericana de entonces, son suficientes para ocupar un lugar destacado en su historia moderna.

Este suceso tuvo una réplica de menor trascendencia, cuando en 2001 Eduardo García Aguilar lanzó desde México una diatriba poco original, pues con menos tacto e inteligencia y más irritación afirmó que “la colombiana es una poesía pasmada, abortada, rezagada, comiéndose las uñas, modosita, sin grandes ambiciones, bien portada, siempre tímida, temerosa de pasar la raya o lanzarse al abismo. De pronto un autor logra destellos, pero luego se silencia, calla por temor y desaparece en la oscuridad” (Aguilar, 2011, 1).

Esta valoración privativa del gusto personal se suma al repertorio de balances lapidarios de la poesía nacional, entre los cuales se destaca el ensayo del filósofo Rafael Gutiérrez Girardot (1983:445-536), titulado “La literatura colombiana del siglo XX”, por los argumentos de contexto y la línea de continuidad histórica, el cual pone en cuestión el canon de Guillermo Valencia (1873-1943) y su poética parnasiana que sirviera de fundamento estético durante la primera mitad del siglo pasado; autor a quien “se le hizo objeto de la deificación más sumaria, para proceder luego en él al más sumario también de los deicidios”, como lo dijo luego Germán Espinosa (1989: 1).

Lo más importante de volver sobre estas actitudes acaso superadas, pero tan necesarias para llamar al orden crítico y a la reflexión creativa, es que no ocultan ni desconocen la razón principal que motiva la adhesión o el rechazo a una literatura nacional. Quizá pobre, pero sin otra elección posible, para el escritor no hay más lengua ni otra patria que la suya donde nace; sin embargo, este determinismo bien puede cambiar con el sentido dado por la nueva literatura, y tomar un rumbo contrario la historia misma,

tal y como aspira el crítico de su tradición. De allí que los dos autores citados antes, en este caso poetas también, se formaron en esa literatura de la cual establecen distancia personal. Sabemos por demás que no de otra manera es posible impugnar los valores de algo tan singular como la poesía, hecha de tantas cosas diferentes y no sólo de palabras distintas.

Puesto que cuestionar el origen no significa desaparecerlo, aun si otra tradición edifica algo nuevo sobre las ruinas o el despojo mismo. Como es ya conocido, a ese trabajo de conciencia crítica Octavio Paz (1974) lo llamó “tradición de la ruptura”; acto de la modernidad que inventa sus propias tradiciones, sus apocalipsis genésicos; y los nuestros en Occidente, del Romanticismo para acá, son, mediante la ironía, la invención incesante del fin y la misma ilusión de muerte necesaria para que nazcan otros comienzos y se liberen otras vidas, ligadas antes a formas viejas y modos anticuados de ver el mundo, según el parecer de quienes juzgan lo innecesario y lo fútil.

Lo cierto es que sin victorias o derrotas absolutas, “la tradición de la pobreza” al fines del siglo XX en Colombia no sólo revela la crisis de una literatura sino también un proyecto de nación, de sociedad. Aspecto sobre el cual Cobo Borda (1980: 11) concluye: “Como el país, también la poesía colombiana resulta pobre. Pobre en recursos, pobre en imaginación”. Y más que darse una aceptación de estos asuntos, los poetas colombianos reunidos aquí, veinte de una muestra necesariamente acotada a solo un poema por autor, quienes representan una nueva generación de obras en marcha, lo asumen sin complejos o cinismo. Y lo hacen viviendo de frente, sin alardes, día a día con los problemas de la poca grandeza nacional y literaria, como parte sustantiva de lo que son y pueden decir.

Asimismo, para estos nuevos poetas no es motivo de lamento o queja, tampoco de resignación o silencio, pero sí de inquietud como lo constatan sus obras publicadas, nacer y crecer en un país de contradicciones y ahora en los trances de un pos-conflicto, y tener una poesía de tono medio; cierto, con un espléndido modernismo (Silva, Valencia, Luis C. López) y casi sin vanguardia (Vidales y de Greiff serían la excepción) y un presente destacado, promisorio y en proyección internacional (Quessep, Roca, Bonnett, Bustos, R. Cote).

Nos referimos a la actitud reinante frente a la poesía colombiana contemporánea que no sólo es reconocida sino resignificada por los nuevos autores, cuyo acervo cultural, valga anotar, no hace mucho estuvo regido por el carácter hispanizante de sus tradiciones. Por esta vía, recordamos

que la generación de Piedra y Cielo (Eduardo Carranza en particular) prolonga hasta 1958, cuando el Nadaísmo irrumpe con su escándalo vital, los lazos dependientes de una España católica y castiza, franquista.

Si bien el sentimiento del tiempo, como Ungaretti titulara uno de sus más desgarradores libros, es un signo que marca al grupo de poetas colombianos —la Generación desencantada o sin nombre— que mayor ascendiente directo ejerce sobre las nuevas voces, ningún poeta local, sin importar el grado de inconformidad, desesperanza o desafecto por su país, ha renunciado a escribir en su lengua ni a su nacionalidad. Incluso aquellos que murieron estando fuera tampoco lo intentaron jamás. Tanto es el amor como el odio que suscita la condición proscrita del país, tema sobre el cual buen provecho literario ha sacado un escritor tan colombiano como el ahora mexicano Fernando Vallejo.

Lo referido hasta aquí no cumple otro fin mayor que afirmar la pertenencia de la generación de los nuevos autores a la poesía colombiana, sin que ello signifique imitación, menos una actitud chovinista ni tampoco la pretensión de anclar sus obras a un provincialismo sin raíces ni alas, del cual se busca salir por muchos medios, en particular bajo un diálogo abierto con otras tradiciones y corrientes literarias distintas incluso de la hispanoamericana. Sin duda, un fenómeno derivado de la innovación tecnológica de las comunicaciones que en el ámbito editorial hace más próximo lo distante, menos lejano lo ajeno.

La tradición nacional en esta generación más que una condición histórica —ese determinismo a superar, decíamos antes— es un sentimiento del tiempo personal, colectivo y una actitud ante el lenguaje; tres elementos con los cuales procuramos apoyar una caracterización de esta generación a partir de las rutas señaladas por la crítica en sus actuales tendencias.

La primera de ellas es que sin manifestaciones grupales, hoy en día la poesía colombiana de la generación del segundo tercio del siglo anterior es reconocida como una tradición insular. Y objeto de nuevas valoraciones por fuera del país, cobra una notoriedad refrendada en los últimos años, entre otras cosas, por la edición internacional de algunas obras, la inclusión creciente en antologías, la obtención de premios por concurso e importantes distinciones por méritos.

Y justo ese carácter individual de unas poéticas personales, valga el énfasis, deviene como un legado de la Generación sin nombre: aquellos poetas nacidos a partir de 1935 (Mario Rivero, Giovanni Quessep, Juan

Manuel Roca, José Manuel Arango, J. G. Cobo-Borda, Augusto Pinilla, Elkin Restrepo, Darío Jaramillo Agudelo, José Luis Díaz-Granados, María Mercedes Carranza, Harold Alvarado Tenorio, Jaime García Maffla, Edmundo Perry, Álvaro Miranda, Henry Luque), que por igual caracteriza al grupo presente aquí de nuevos poetas colombianos, los nacidos entre 1970 y 1980, cuyas obras hasta el momento tampoco comportan intenciones programáticas ni grupales, salvo la del colectivo bogotano “La Raíz Invertida” (de Helman Pardo, Jorge Valbuena, Henry Alexander Gómez y Yenny Bernal), aunque algunos desarrollen líneas de estilo y formas de escritura que se despliegan a modo de un proyecto literario continuo y, de seguro, pensado a largo plazo¹. “La verdad es que lo que resulta atractivo de este conjunto de poetas y poemas es su diversidad. No hay un tono uniforme, una coral que canta la misma tonada”, sostiene Juan Manuel Roca (2009: 6) en el prólogo de una muestra afín a ésta editada por la revista *Posdata* de Monterrey en 2009, y ahora ampliada en un libro compilado por el poeta mexicano Iván Trejo (2011) publicado en Colombia y Venezuela.

Pero es Jorge Cadavid, poeta y crítico también, quien ha hecho un ejercicio seminal importante en torno a identificar y definir los rasgos comunes de la nueva poesía en Colombia, logrando establecer una clasificación temática por tendencias de los poetas nacidos durante los 60’s y la década del 70; “años de proliferación promiscua”, como los ha llamado Cobo Borda. Se trata de una serie de “cánones sueltos”, de “mapas móviles”, declara Cadavid, los cuales vislumbran un relevo estético. Los rasgos distintivos de esta generación son, entre otros, rendir homenaje a maestros de los grupos anteriores como Mito, Piedra y Cielo, Nadaísmo y Generación sin nombre.

Por lo anterior, se comprende que “no plantean una ruptura con sus antecesores, sino que por el contrario los asimilan y realizan una lectura crítica de sus obras” (Cadavid, sf. 1). Se trata también de “voces plurales, en las que la experimentación e innovación se ligan a la tradición: tradición de la ruptura”, no de la pobreza, aclaramos. Tampoco “existe una voluntad de grupo, generación o movimiento, sino que conscientemente encuentran en la diversidad una configuración de mundos” (Cadavid, sf. 1); aspecto sobre el cual hay plena coincidencia entre poetas y críticos. Asimismo, se cuenta con “autores que reflexionan sobre la poesía dentro

1 Bajo un título paródico que recuerda la reflexión de U. Eco acerca de la posmodernidad: “Edénicos y apocalípticos” Humberto Jarrín (2013: 7-21) le toma el pulso al movimiento poético de Cali hoy día, justo para cuestionar el carácter gregario de los tantos colectivos que proliferan en la ciudad, bajo el mero activismo literario de convocar recitales y celebrar tertulias, sin acaso consolidar una propuesta poética destacada por parte de sus miembros. Este carácter gremial acentúa la excepción que caracteriza la individualidad de los poetas nacidos en los años 70 y 80.

de la poesía misma”, afirma Cadavid, y “su actitud crítica se refleja en una desconfianza ante el lenguaje y cierta tentación por el silencio”. Además, “tienden a una eliminación de nexos sintácticos, a una destrucción del discurso lineal así como una ruptura del yo poético”. Y algunos “gustan del empleo de metáforas herméticas, de difícil interpretación, con cierta oscuridad deliberada.” (Cadavid, sf. 1).

Otros rasgos que definen estas poéticas son entender la poesía como un palimpsesto, pues “relacionan cada discurso con los precedentes, llegando hasta la parodia, el collage o el pastiche” (Cadavid, sf. 1), y algunos entonan una música sombría, sin optimismo. Respecto a la conciencia política o a una actitud relacionada con ella, señala nuevamente Jorge Cadavid que “los jóvenes poetas siguen siendo disidentes a su manera, en especial de toda deshumanización, venga de donde venga”, y “sus posiciones ideológicas aparecen catalizadas por el humor y la ironía.” Para entonces concluir: “creen en el desprestigio de toda utopía (religiosa, política, filosófica, científica).” (Cadavid, sf. 1).

Esta serie de aspectos y cualidades da como resultado una clasificación temática de cinco corrientes dominantes. La primera y más notoria es para Jorge Cadavid (sf. 2) la tendencia crítica y autoirónica, “en la cual el verbo descarnado y el desenfado expresivo orientan su mirar hacia lo interior, busca al hombre escindido y anónimo de la ciudad, los espacios urbanos y la enajenación del cuerpo, los asuntos domésticos y la reflexión sobre la inutilidad de la escritura.” La segunda línea expresiva la constituyen los poetas de talante clásico, esteticista. Poetas que, citando a Óscar Torres, “asimilan sus propios modelos, pero dentro del vasto y muy suyo panorama de la poesía universal”, “clásica.” (Cadavid, sf. 1). La tercera vertiente es la barroca, “donde el reino de la imagen prolifera en una descarga estilística de símiles y retruécanos.” La cuarta tendencia es la de carácter prosaico y narrativo. Al respecto explica el poeta santandereano: “cierta obsesión por la cotidianidad lleva a estos poetas hasta los límites de la prosa, con un lenguaje escueto, de corte coloquial” (Cadavid, sf. 3), en donde tiene lugar la estridencia seductora del rock. El quinto y último conjunto, añade el crítico, “agrupa a los poetas que intentan solucionar el poema mediante un discurso de corte filosófico”, siendo una corriente de extrañamiento fenomenológico por la cual “la imagen poética sirve para comunicar, argumentando, la percepción que subyace tras las apariencias sensibles.” (Cadavid, sf. 3)

Un esquema similar, aunque referido a cuatro tendencias, propone el profesor Enrique Ferrer Corredor (sf. 1), quien denomina esencialista a

la poesía que encarna en una inquietud de “interrogación del ser”, afín de la denominada por Jorge Cadavid de corte filosófico. La tendencia transmoderna de Ferrer Corredor se refiere a las poéticas que han “pactado con la razón y con el progreso sin descontar las perversidades de la modernidad”, lo cual corresponde en cierta medida a la corriente crítica y autoirónica de Cadavid. Bajo el nombre de poesía cotidianista y del vértigo, Ferrer Corredor postula tanto la “búsqueda del símbolo de lo cotidiano y de lo elemental” como “la radicalización de la ruptura de la vanguardia.” (Ferrer, sf. 2). Otra tendencia, la última, da cuenta de la poesía de carácter prosaico y narrativo, que no es exclusiva de este grupo sino que forma parte de una tendencia nacional y latinoamericana, incluso occidental. El poema en prosa y la narrativa poética se constituyen en una corriente moderna iniciada con el verso libre, sin metros ni rimas; Rafael Maya fue el primero en hacerlo en Colombia hacia la mitad de la segunda década del siglo veinte. Desde entonces es patrimonio común de toda la poesía contemporánea, como lo muestra el estudio y la antología del poema en prosa colombiano que hizo Fredy Yezzed (2010).

Por su parte, Federico Díaz Granados, encargado de realizar ediciones antológicas de la nueva y joven poesía colombiana en Bogotá (1997, 2001, 2011), Montevideo (2005) y México (2007), complementa lo anterior al caracterizar algunas voces singulares como la de Juan Felipe Robledo (1967) y otras más vinculadas a la tradición europea, clásica y oriental o mítica como la de Hugo Jamioy (1971), en razón de la pluralidad estética de nuestro tiempo de hibridez y diseminación, divergencias y yuxtaposición culturales, propio de una posmodernidad vernácula que a su modo crea y funda una originalidad sin purezas o esencias para vincularse a las tendencias globales de una literatura que no sólo es del dominio capitalista, sino también refugio y resistencia de la embestida mercantil.

Otra lectura complementaria la realiza Robinson Quintero Ossa para la Casa de Poesía Silva, institución que realizó una edición actualizada de su *Historia de la poesía colombiana* en 2010. En el capítulo dedicado a la poesía actual denominado “Las nuevas voces, los nuevos libros”, la generación de 1970, sin nombre aceptado por ahora, es caracterizada a partir del estudio de autores y poéticas vinculados a los fenómenos editoriales: colecciones de libros, antologías y revistas, y algunos concursos nacionales de poesía. El resultado es una amplia pero selecta colección de 10 anaqueles con nombres y obras representativos de lo que hoy por hoy es la poesía colombiana del siglo XXI, cuyos rasgos generales de un “lirismo de lo cotidiano, el oficio de la imagen, la alegoría o el símbolo, el acento intuitivo y el desenfado expresivo”, (Quintero, 2010)

configuran, sin embargo, ese nuevo rostro, del cual dan testimonio los 20 poetas presentes aquí.

Luego de este breve recorrido crítico pensamos también que uno de los factores relevantes a tener en cuenta de la poesía del nuevo milenio, y de esta generación en particular, es la presencia de la mujer, algo en nada gratuito ni concedido bajo demandas o reclamos de paridad de género o corrección política. Porque la escritura femenina cobra relieve, densidad histórica, para decirlo en términos algo formales, se torna importante cuando hace “propuestas inusitadas” y “supera el habitual erotismo desaforado y el sentimentalismo excesivo”, como bien señala Quintero Ossa (2010). Los anteriores elementos son comunes a una emancipación literaria que cuenta ahora con poéticas de supremacía estética, tal y como en su momento postulara Harold Bloom (1995) acerca de la disputa nocional de lo estético, hecha en torno al debate de fin de milenio sobre la apertura del canon occidental.

Quizá el momento presente consienta suponer la idea de una “tradición de tradiciones” en la nueva poesía colombiana, en la forma como el poeta español Álvaro Salvador (2006) define cierta lírica reciente en Latinoamérica, y dejar finalmente la tradición de la ruptura para repensar la pobreza nacional como parte de las continuidades y discontinuidades literarias. Por ello, al estimar la insularidad característica de las últimas generaciones se constata el carácter personal distintivo no sólo en una voz de otra, sino en una filiación individual poco fortuita con las poéticas de más reconocimiento en la lírica colombiana actual. Y son algunos autores de la mencionada Generación sin nombre, decíamos, quienes mayores y significativos influjos directos ejercen en la etapa formativa de los nuevos poetas; hoy en día enriquecida con otras tradiciones literarias y culturales, distintas y complementarias de la lengua española, que por ello mismo sitúa a esta generación en una dimensión de apertura, más allá de los referentes locales.

De tal suerte que un rasgo predominante en estos poetas es heredar el carácter polifónico que los antecede, pues también cultivan la soledad sin adhesiones a estéticas colectivas propias de los movimientos ya desaparecidos de la escena literaria en Colombia durante las últimas décadas. Y al tiempo de constituir publicaciones propias o medios de difusión transgeneracional, han logrado participar de los ya creados dentro y fuera del país, en calidad de colaboradores o invitados, como es el caso de al menos tres revistas emblemáticas de la literatura nacional del siglo XX: *Golpe de dados*, fundada y dirigida desde 1972 por Mario Rivero,

Puesto de combate, creada por el escritor Milcíades Arévalo en 1973 y *Luna Nueva* de Omar Ortiz Forero, editada desde hace ya cerca de décadas en Tuluá. Otro elemento aglutinador de la diversidad literaria, no menos importante, es la voluntad individual que respeta la diferencia, lo cual hace de ésta una generación más solidaria y menos enfrentada por asuntos de credo estético y político, o por simple recelo personal.

Todo lo anterior, sumado a las circunstancias no casuales de crecer en un país con problemas inveterados y deudas históricas y en ciudades de interacción cultural desigual, afectadas por todo tipo de violencias, nos hace considerar las características no estimadas de estos poetas colombianos que empiezan a publicar sus primeras obras a mediados de los noventas; algunos en procura de consolidar un estilo, otros de madurar una obra literaria que alberga géneros y oficios afines (el ensayo o la narrativa; o bien el ejercicio docente, la edición o el periodismo).

Como se intuye, la valoración particular de estas voces requiere continuar la reflexión aquí esbozada para el caso de lograr identificar mejor los rasgos singulares y definir con claridad sus virtudes en proyección. El déficit crítico —con la salvedad de los estudios citados en extenso— se compensa con la difusión creciente de muestras y panoramas colectivos, editados principalmente en Colombia, México, Uruguay y España; tarea que ha desempeñado de modo incansable, ya lo decíamos, el poeta Federico Díaz-Granados, y también bajo ediciones virtuales en la web. Santiago Espinosa (2010), Pablo García Durán (sf) lo han hecho dentro de este nuevo formato editorial, junto a la revista electrónica *La raíz invertida* y la mexicana *Círculo de poesía*. Algunas reflexiones breves como la de María Clemencia Sánchez (2013: 22-24) se apoyan en la línea de tiempo de la tradición poética del siglo que se proyecta en la poesía colombiana del XXI. Y Desde una perspectiva singular y nueva, que religa poesía y religión, Rómulo Bustos Aguirre (2013: 32-37) ensaya acerca del poema contemporáneo en Colombia como espacio de reflexión de nuestra poesía misma. La muestra complementaria de ocho poetas caribeños da a conocer los caminos que apertura la diversidad lírica actual.

Lo anterior no impide afirmar que estos poetas representan, dentro de un conjunto mucho más amplio, algunas de las tendencias descritas, cuya tradición fuera marcada por la heredad hispánica colombiana y por ser refractaria a las corrientes externas de la modernidad literaria. Corrientes o estilos propios que los sitúa en un horizonte nuevo de continuidad, más que de ruptura, con respecto a los temas, acentos y visiones de la poesía contemporánea del país; en especial, la escrita durante el último

cuarto de siglo, siendo significativo reconocer, por ejemplo, la impronta de la cotidianidad urbana y la contemplación trascendente de poetas como Mario Rivero (1935-2009) y José Manuel Arango (1937-1999), o bien la metáfora imaginativa y la condición ante el dolor humano de Juan Manuel Roca (1946) y Raúl Gómez Jattín (1945-1997), respectivamente.

Para el caso de las mujeres, este factor de parentesco literario, de aires de familia distinto de la consanguinidad antropológica, es mucho más complejo de precisar, puesto que si bien hay referentes propios en la geografía literaria del país —Matilde Espinosa (1911-2008), Meira del Mar (1922-2009), María Mercedes Carranza (1945-2003), Piedad Bonnett (1951) Orietta Lozano (1956), los casos de obras más logradas—, la suya es una tradición que desde su origen se aparta de las fronteras nacionales de la lengua, elige voces no sólo femeninas, se sitúa en otros contextos e indaga afuera por el carácter denso y trascendente de lo humano.

El limitado registro poético de la muestra adjunta permite sin embargo un acercamiento a las voces que configuran esta generación. Y es a partir de los estilos y los temas tratados que una idea de país se retrata para verse a sí mismo en cada poeta, cuya diversidad caracteriza un tramo de la poesía colombiana del siglo XXI.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, J. (2010). *Los amigos arden en las manos. Historias alrededor de un fogón*. Editorial Universidad de Caldas, Manizales.
- Bloom, H. (1995). *El canon occidental*. Anagrama, Barcelona.
- Bustos Aguirre, R. (2013). “Poéticas del poema”. *Luna nueva*, No. 39, pp. 32-78.
- Cadavid, J. “Panorama de la poesía colombiana (entrevista)”. Dirección electrónica: <http://www.eeducador.com/col/contenido/contenido.aspx?catID=107&conID=610>
- Cobo Borda, J. (1980). “La tradición de la pobreza”. Prólogo. En: *Álbum de Poesía Colombiana*. Biblioteca Básica Colombiana. Instituto Colombiano de Cultura, pp. 11-29.
- Díaz Granados, F. (2011). *México y Colombia. Antología de poesía contemporánea*. Selección y prólogo. Cangrejo Editores, Embajada de México, Bogotá.
- Díaz Granados, F. (2007). *Doce poetas colombianos (1970-1981)*. Selección y prólogo. Revista Punto de Partida, No. 146. Universidad Nacional Autónoma de México.

- Díaz Granados, F. (2006). *Álbum de los adioses*. Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Díaz Granados, F. y Ciancio, G. (2005). *El amplio jardín. Antología de la poesía joven de Colombia y Uruguay*. Embajada de Colombia en Uruguay y Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay, Montevideo.
- Díaz Granados, F. (2001). *Inventario a contraluz. Antología de una nueva poesía colombiana*. Selección, prólogo y notas. Arango Editores, Bogotá.
- Díaz Granados, F. (1997). *Oscuro es el canto de la lluvia. Antología de una nueva poesía colombiana*. Selección y prólogo. Alianza Colombo Francesa, Bogotá.
- Espinosa, G. (1989). *Guillermo Valencia*. Procultura, Bogotá.
- Espinosa, S. *Muestra de poesía joven de Colombia*. Selección y prólogo. En: Círculo de poesía. Revista Electrónica de Literatura. Dirección: <http://circulodepoesia.com/nueva/2010/05/muestra-de-poesia-joven-de-colombia/>
- Estrada, L. (2010). *La noche en el Espejo*. Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Bogotá.
- Ferrer Corredor, E. *Cuatro visiones de la poesía actual colombiana*. Dirección electrónica: <http://comunpresenciaensayos.blogspot.com/2006/12/cuatro-visiones-de-la-poesia-actual.html>
- Galán Casanova, J. (1993). *Almacén Acosta*. Colcultura, Bogotá.
- García Durán, P. “(Anti) generación Albatros”. *Poesía colombiana contemporánea*. Selección y prólogo. Dirección electrónica: <http://www.freewebs.com/generacionalbatros/>
- García Aguilar, E. “Diatriba contra la poesía colombiana sentada en sus laureles”. Dirección electrónica: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-442299>
- Gaviria, P. (2005). “En el matadero”. En: *El decir y el vértigo. Panorama de la poesía hispanoamericana reciente (1965-1979)*. Filodecaballos Editores, Conaculta-Fonca, México, pp. 264-265.
- Gómez, G. (2014). *Lo invisible*. Colección Escritores Pereiranos. Vol. 34. Instituto Municipal de Cultura y Fomento al Turismo, Pereira.
- Gómez Mantilla, S. (2010). *El amor y la palabra*. Fondo Editorial Fundarte, Caracas.
- González Restrepo, C. (2002). *Afán de fuga*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.
- Gutiérrez Girardot, R. (1983). “La literatura colombiana en el siglo XX”. En: *Manual de historia de Colombia*. Tomo III. Círculo de lectores, Bogotá, pp. 445-536.
- Jamioy, H. (2010). *Danzantes del viento*. Biblioteca Básica de los Pueblos Indígenas de Colombia. Ministerio de Cultura, Bogotá.

- Jarrín, H. (2013). “Edénicos y apocalípticos”. En: Luna nueva. No. 39, pp. 7-21.
- Junieles, J. (2011). “Poema de madre”. En: *Posdata de poesía colombiana. Antología de los 70 y 80*. Edición de Iván Trejo. Ediciones Pluma de Mompox, Cartagena, pp. 42, 43 y 46.
- López, F.Y. (2010). *Párrafos de aire. Primera antología del poema en prosa colombiano*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2010.
- López, F.Y. (2010). *La sal de la locura*. Círculo Médico Lomas de Zamora, Buenos Aires.
- Maceas, G. (2013). *Encanto civil*. Ediciones El Lunario. Gente Nueva Editorial, Bogotá.
- Marín Beitia, E. (2011). *Los oficios*. Colección Las Ofrendas. Escuela de Estudios Literarios, Universidad del Valle, Cali.
- Mendinueta, L. (2007). *Poesía en sí misma*. Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Pachón García, C. (2009). *El día es inútil*. El Zahir Editorial, Bogotá.
- Pardo, H. (2013). *Anatomía de la soledad*. Gamar Editores, Popayán.
- Paz, O. (1974). *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*. Editorial Seix Barral, Barcelona.
- Roca, J. (2009). “Nuevos poetas colombianos”. Prólogo. En: Revista Postdata, año 7, No 1. Monterrey, México, pp. 5-6.
- Sánchez, M. (2013). “Morada al sur: un nuevo mapa de la poesía colombiana”. En: Luna nueva, No. 39, pp. 22-24.
- Trejo, I. (2011). *Posdata de poesía colombiana. Antología de los 70 y 80*. Ediciones Pluma de Mompox.
- Quintero Ossa, R. (2010). “Las nuevas voces, los nuevos libros”. En: *Historia de la poesía colombiana*. Ediciones Casa de Poesía Silva, Bogotá.
- Salvador, Á. (2006). *La piel del jaguar: 25 poetas hispanoamericanos ante un nuevo siglo*. Fundación José Manuel Lara, Sevilla.
- Samboní, C. (2014). *Poemas de Altozano*. Ediciones Popayán Positiva, Popayán.
- Sánchez, M. (2014). *Tres romances para oboe*. Colección Letras, Bogotá.
- Urbano, C. (2015). *Los colores de Van Gogh*. Colección de poesía Cantarana. UCEVA, Tuluá.
- Uribe, S. (2012). *Círculo de silencio*. Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga.

